

RELATO

-Chel, Chel, Chel, Chel...- Anunciaba Óscar a todo caminante fuera varón, mujer, gallina o cordero. Había lugar para todos en aquella pintoresca arca que aglutinaba en su interior un catálogo universal de tufos, pachulís y cogollos de alegría encanutada.

Estalló la lluvia.

El autobus se zambullía en el asfalto irregular a la velocidad del chofer. Primero fue un camino recto de color negro, surcado en el verde vegetal y más adelante vino el serpenteo, justito al llegar al mirador sobre el gran lago, donde iniciaba su descenso la senda hasta llegar a Chel.

Luisa había montado en camioneta muy de jovencita, cuando su mamá las llevaba a todas al mercado para vender algo de frijol que lograban sacarle a las tierras arcillosas de Pajapita de tarde en tarde. Otras veces vendían mimbre a los carpinteros del patrón o asaban pupusas junto a una guanaca amiga de la familia que luego acabó regresándose con su hijita al sur, donde trabajó, dicen, de meretriz hasta que los hombres perdieron todo su deseo y se murió de hambre. Y ahora que bajaban desenfrenados por la vertiente, con el lago tan lindo allá bajo, la lluvia y las nubes se zarandeaban unas a otras a media altura, Luisa tuvo el palpito de que todas las cosas hermosas habían vuelto por un segundo y ahí quedó masticando la belleza del momento, en silencio, ahora sí, entre todas aquellas gargantas plenas de vida que cantaban canciones populares y daban palmas y patadas contra las entrañas de la guagua. "Que hermosa la vida" pensó, "tal vez me quedara todavía un hilito fino para sujetarme a ella y poder divertirme una pizca antes de conocer la fortuna". Su pensar sin sentido la llenaba, pues comenzaba a rastrear con su instinto lo que Abu Zacapa no le había concretado: su misión para la comunidad. Sin embargo, sabía ahora que tenía que aprender y salir como fuere de la ignorancia fáctica que había heredado sin posible opción a rechazarla.